

Suicidio y Política

Julio Seoane

Catedrático de Psicología Social
Universidad de Valencia

La extraña pareja

Suicidio y política constituyen una pareja problemática, puesto que señalan la intersección de dos áreas de estudio que son en sí mismas difíciles tanto en su definición, contexto y repercusiones. Pero si renunciamos a esas tareas previas de fundamentación lógica y territorial, tenemos que reconocer que la relación íntima entre comportamiento suicida y conducta política no es nueva ni tan siquiera reciente. Si el suicidio fuera un acto estrictamente personal, sin repercusiones en los grupos próximos y en el ambiente social, no habría desatado durante siglos tantas habladurías, críticas, reacciones emocionales ni estudios e investigaciones para comprender y modificar sus intenciones. Por eso David Lester, uno de los estudiosos actuales más interesantes del comportamiento suicida, dijo hace ya tiempo que el suicidio puede entenderse como un acto político en el que la persona suicida intenta cambiar el equilibrio de poder en su grupo social o, en general, en la sociedad (Lester, 1990). Naturalmente esto exige entender la política en un sentido amplio, es decir, cualquier situación en la que una persona o grupo intenta influir o cambiar las relaciones de poder en los demás. Hasta en el intento de suicidio, añade Lester, a menudo se pretende forzar determinadas respuestas en aquellos que nos importan.

Sin embargo, esta relación parece excesivamente simple para una pareja tan peculiar. Produce la falsa sensación de que el papel dominante pertenece al suicida, mientras que la política se limita a sufrir las consecuencias de sus intenciones de control. Nada más alejado de lo que sabemos hasta ahora. Incluso los clásicos sabían que el fenómeno suicida era parcialmente el resultado de la mayor o menor integración en el grupo y en la sociedad, junto con el grado de equilibrio y estabilidad de las normas sociales (Durkheim,

1897). Es decir, que los fenómenos políticos, en la medida en que inciden en la integración y regulación social, también influyen en el comportamiento suicida. Este es el caso de la guerra, el terrorismo o las protestas políticas que no sólo apuntan a la violencia hacia los demás sino que también alteran la agresión hacia uno mismo. Como ocurre también, al margen del conflicto y la violencia política, con las campañas electorales, el triunfo político de partidos o la constitución de nuevos gobiernos y legislaturas, modificando así el ambiente y las expectativas sociales de buena parte de la población, algo que también repercute directa o indirectamente en las tasas de suicidio.

Ya se entienda como un acto político en sí mismo o como la resultante de una serie de hechos sociales entre los que destaca la propia política, lo cierto es que el suicidio y la política mantienen una relación quizá no muy intensa pero lo suficientemente significativa como para ocuparse de ella. A los distintos aspectos de esa relación dedicaremos las próximas páginas.

Políticos Suicidas

A primera vista parece que la tarea que planteamos consiste en estudiar a los políticos que se suicidan, sus características y las estadísticas que los definen. Sin embargo, es esta una visión bastante ingenua porque la relación entre suicidio y política es bastante más complicada que el suicidio de los políticos. Por otro lado, resulta difícil determinar lo que entendemos por políticos, podemos referirnos a dirigentes de primer nivel, primeros ministros, o a candidatos en elecciones o simplemente a miembros de gabinetes gubernamentales o a muchos otros que ocupan puestos en la administración. Así, resulta prácticamente imposible obtener datos sobre políticos que se suicidan, sus tendencias y peculiaridades.

Sin embargo, eso no significa que sea inútil el estudio de casos o el análisis de ejemplos que resultan muy significativos. Por ejemplo, Harold D. Lasswell, uno de los precursores de la psicología política, nos ofrece multitud de tipos patológicos entre los políticos (Lasswell, 1930), algunos de los cuales muestran claras tendencias suicidas. O también Steven Stack (1987) que estudia la imitación que produce el suicidio de personajes célebres, incluidos aquellos que destacan en los medios de comunicación por su posición política. Con todo, existen algunos casos que son muy representativos del suicidio en el

ámbito político y que se repiten una y otra vez en los estudios de este campo. Por ejemplo, Marco Porcio Catón (96-46 a. C.) o simplemente Catón el Joven, que se enfrentó políticamente y durante muchos años a Julio César en la Roma clásica, hasta que el enfrentamiento se convirtió en militar y terminó con la derrota de Catón. Ante la posibilidad de ser perdonado por César y quedar así comprometido todo su partido, prefirió el suicidio para dejar claro su desprecio por la política de César y la reivindicación de la propia, actitud que efectivamente deterioró el prestigio de César y cooperó en su caída y asesinato posterior. Es decir, un caso evidente de suicidio con una motivación política (Silke, 2006).

En otras ocasiones, la meta del suicidio no es tan claramente política pero la vida pública también pasa factura por los riesgos profesionales que comporta. Este puede ser el caso de James Forrestal (1892-1949), Secretario de Defensa de los Estados Unidos en la época de la presidencia de Truman. Forrestal tenía algunos problemas de personalidad que añadidos al exceso de trabajo, las sutilezas de la política exterior en un momento complejo y los errores cometidos en el tratamiento médico al tratar de ocultar sus dificultades de salud (depresión, ansiedad y reacciones paranoides), le condujeron inesperadamente al suicidio el mismo día que recibía el alta médica (Post, 1993). O también lo ocurrido con Robert Budd Dwyer (1939-1987) que se suicidó con una pistola delante de las cámaras de televisión de Pensilvania, después de haber ocupado diversos cargos públicos en la política de ese estado, para intentar demostrar que era inocente de una acusación de corrupción a punto de ser sentenciada a muchos años de cárcel (Keisling, 1988).

En cualquier caso, no parece que el suicidio de los políticos tenga características psicológicas o sociológicas muy distintas a las del ciudadano normal y corriente, al margen de algunas peculiaridades propias de la ocupación o la intencionalidad expresamente política de unos pocos ejemplos.

Violencia y Conflicto

Mucho más fructífero e interesante para el estudio del suicidio es el campo de la violencia y el conflicto que con frecuencia rodean a la actividad política. Todos recordamos la conocida frase de Clausewitz de que la guerra es la continuación de la política por otros medios, y el suicidio acompaña con frecuencia tanto a la guerra, como a determinadas

formas de terrorismo que tanto preocupan en los momentos actuales o, simplemente, como un componente clásico de la protesta política.

Suicidio y Guerra

El suicidio desciende en tiempos de guerra porque los ciudadanos de los países en conflicto tienden hacia una mayor integración social por razones evidentes. Por lo menos esto es lo que se dice en el estudio sobre *El Suicidio* de Durkheim (1897). Las grandes guerras nacionales, afirma Durkheim, tienen la misma influencia que las perturbaciones políticas. En 1866 estalla la guerra entre Austria e Italia y los suicidios disminuyen en un 14 por 100 en uno y otro país. Esos hechos, añade Durkheim, no se explican más que de una manera, y es porque las grandes conmociones sociales, como las grandes guerras populares, avivan los sentimientos colectivos, estimulan, tanto el espíritu de partido como el patriotismo, la fe política como la fe nacional y, conectando las actividades a un mismo fin, determinan, al menos por cierto tiempo, una integración más fuerte de la sociedad.

La hipótesis de Durkheim sobre guerra y suicidio se mantiene viva hasta los tiempos actuales. Sin embargo, hay que reconocer que se han encontrado múltiples contradicciones y bastantes excepciones, principalmente relacionadas con la economía y las tasas de desempleo (Marshall, 1981). Por eso Lester y Yang (1992) afirman que debe investigarse más el grado de ansiedad experimentado por los diferentes segmentos de la población durante las guerras. Dicho de otra manera más sencilla, cuando Durkheim relaciona guerra y suicidio está pensando principalmente en conflictos armados entre dos países vecinos, que originan sentimientos patrióticos, miedo a la derrota, odio hacia el enemigo y demás componentes tradicionales en este tipo de enfrentamientos. Pero la situación se complica bastante cuando posteriormente las guerras se producen entre muchos países, guerras mundiales que necesitan numeración, o entre países a miles de kilómetros de distancia como la guerra del Vietnam, o se viven en países neutrales rodeados por el conflicto, y así muchas variantes más. La hipótesis de disminución del suicidio es válida pero incorporando gran cantidad de matices.

Por eso resulta muy interesante el trabajo realizado por Tubergen y Ultee (2006) analizando de forma constructiva la hipótesis de Durkheim. Resume las críticas en tres grandes ejemplos que sirven de categoría: en primer lugar, por qué disminuyen las tasas de

suicidio en países que fueron neutrales, es decir, que no estaban en guerra, durante la primera y segunda Guerra Mundial, como por ejemplo en Suiza. En segundo lugar, cómo es posible que aumentaran, en lugar de disminuir, las tasas de suicidio en países que fueron ocupados mediante actos de guerra, especialmente al principio y al final de la II Guerra Mundial, como por ejemplo en Holanda. Y en tercer lugar, por qué no disminuyeron las tasas de suicidio en Estados Unidos durante las dos guerras mundiales, inclusive teniendo en cuenta los distintos niveles de actividad económica.

Las respuestas de Tubergen y Ultee (2006) son bastante evidentes y muy eficaces. Es obvio que se puede ser neutral aunque rodeado por la barbarie, la destrucción y la muerte, hasta el punto de que el temor, el miedo a verse empujado hacia el conflicto, actúa como un factor de integración social y disminuye el suicidio aunque en realidad no estés en estado de guerra. O, por el contrario, un país puede estar en guerra pero a tantos kilómetros del escenario del conflicto que los ciudadanos no sienten la necesidad de integración hasta el punto de impedir o disminuir los casos de suicidio. El caso de Holanda es especial, efectivamente la tasa de suicidios aumentó significativamente en particular al principio y al final de la contienda, en contradicción con las expectativas de la hipótesis de Durkheim. Pero Tubergen y Ultee (2006) consiguen exponer los datos del problema de tal forma que apuntan a una solución coherente (Tabla 1).

*Tabla 1, adaptada de Tubergen y Ultee (2006)
 Datos absolutos y relativos de suicidio entre la población total, Judíos,
 Colaboradores y el Resto en Holanda, 1937-48*

Año	Población Total		Judíos		Colaboradores		Resto	
1937	745	(8.7)	33	(23.6)	-	-	712	(8.5)
1938	833	(9.6)	25	(17.8)	-	-	808	(9.5)
1939	742	(8.5)	28	(20.0)	-	-	714	(8.3)
1940	1074	(12.2)	234	(167.1)	-	-	840	(9.7)
1941	645	(7.2)	38	(27.1)	-	-	607	(6.9)
1942	875	(9.7)	249	(177.9)	-	-	626	(7.1)
1943	826	(9.1)	165	(117.9)	-	-	661	(7.4)
1944	666	(7.3)	-	-	11	(7.3)	655	(7.3)
1945	1009	(10.9)	-	-	88	(58.7)	921	(10.2)
1946	849	(9.1)	-	-	7	(4.7)	842	(9.2)
1947	701	(7.3)	-	-	7	(4.7)	694	(7.4)
1948	698	(7.2)	-	-	0	(0)	698	(7.2)

Fuente: CBS (1999).

Nota: Tasas de suicidio por 100,000 entre paréntesis.

Al principio de la guerra, los judíos que viven en Holanda esperan lo peor ante la invasión, comienzan a sentirse excluidos de la sociedad y aumentan los suicidios entre ellos. Hacia el final de la guerra, los judíos se sienten más seguros pero todos los que han colaborado con las fuerzas de ocupación esperan represalias y exclusión social, por lo que se eleva la tasa de suicidios en ese grupo. En conjunto, los suicidios aumentan en Holanda durante la guerra, pero si se prescinde de esos grupos de riesgo, el resto de la población mantiene las tasas o hasta descienden en determinados momentos.

En resumen, la tesis de Durkheim sobre la disminución del suicidio en tiempos de guerra a causa de una mayor integración social de las poblaciones en conflicto parece válida como tendencia, pero necesita una adaptación en cada caso teniendo en cuenta los grupos implicados dentro de cada sociedad y en cada uno de los países en guerra.

Terrorismo suicida

Otro de los comportamientos que relacionan la violencia y el conflicto político con el suicidio es el terrorismo, especialmente cuando se utiliza la propia vida como un instrumento para dañar al que se considera enemigo. Es el caso más evidente donde la violencia hacia uno mismo y hacia los demás van juntas, donde homicidio y suicidio están estrechamente unidos.

Aunque en los momentos actuales el terrorismo suicida constituye uno de los problemas específicos del conflicto política actual, sin embargo todos los estudiosos coinciden en que es un fenómeno que existió a lo largo de toda la historia, de tal forma que se menciona reiteradamente a los zelotes, los sicarios, los nizaríes o hashshashin, los kamikazes japoneses, y un largo etcétera siempre presente en los artículos al uso (Atran, 2003, 2006). Sin embargo, como fenómeno actual existe un cierto acuerdo en que fue el ataque suicida a la embajada iraquí en Beirut el que inicia los tiempos modernos de este fenómeno. Por supuesto, los ataques del 11 de septiembre de 2001 sobre Nueva York y otros objetivos cercanos constituyeron el punto de partida para la aparición de una inmensa cantidad de literatura sobre el terrorismo suicida, no siempre suficientemente fundamentada y con frecuencia oportunista y ligera. Esta exuberancia de literatura ha conducido a

que algunos autores sean pesimistas sobre lo conseguido en la investigación actual (Sageman, 2014) mientras que otros todavía mantienen una cierta esperanza (Schmid, 2011). Silke y Schmidt-Petersen (2015) escriben un magnífico artículo sobre esta situación de perplejidad científica, destacando los 100 artículos más citados sobre esta materia, lo cual no garantiza nada pero al menos sirve de cierta orientación en estos momentos.

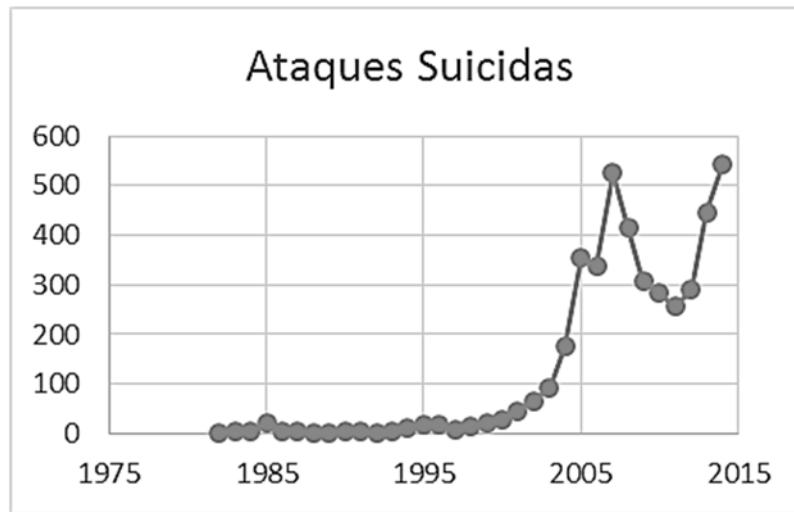
Afortunadamente, el tema que estamos tratando es el de suicidio y política y, por tanto, el terrorismo suicida nos interesa en tanto que afecta a la propia vida y no necesitamos adentrarnos en el terreno estratégico, en las diferencias del terrorismo demostrativo, destructivo o suicida (Pape, 2005), o en la incidencia de las distintas religiones, poblaciones y comunidades. Nos basta en estos momentos con un simple listado (Tabla 2) de ataques de terrorismo suicida en los tiempos actuales, para ver que es un fenómeno en alza, cada vez más letal y, en consecuencia, digno de tener en cuenta en los estudios sobre suicidio (Figura 1).

Tabla 2
Datos tomados de la base de datos sobre el Proyecto Chicago de Seguridad y Terrorismo Suicida

AÑO	Ataques	Muertos	Heridos
1982	1	115	28
1983	5	414	368
1984	3	29	49
1985	22	259	262
1986	3	33	24
1987	3	68	137
1988	2	7	11
1989	2	0	9
1990	3	11	3
1991	4	80	68
1992	1	4	0
1993	6	237	102
1994	11	218	438
1995	19	252	869
1996	17	286	1751
1997	9	60	514
1998	15	337	5488
1999	20	86	300

AÑO	Ataques	Muertos	Heridos
2000	28	208	502
2001	46	3191	7421
2002	66	588	2457
2003	92	802	3913
2004	175	1904	5956
2005	355	3225	8317
2006	339	2647	5857
2007	525	5679	13413
2008	414	3244	7946
2009	307	3158	9054
2010	283	2668	7194
2011	257	2394	6102
2012	290	2309	6224
2013	447	4135	9670
2014	545	4684	8634
Total	4315	43332	113081

Figura 1



Es evidente que 4.315 suicidas en 33 años, que producen 43.332 muertos y con un incremento tan espectacular en los últimos años, son datos que impresionan bajo cualquier punto de vista y que merecen un estudio urgente. Sin embargo, a pesar de la existencia de algunas bases de datos bastante pormenorizadas, además de múltiples entrevistas y estudios de casos, no consiguen aportar excesivos avances ni explicativos ni predictivos. Los perfiles demográficos del terrorista suicida no acaban de coincidir en muchos estudios y los perfiles psicológicos todavía menos, a pesar de que muchos de ellos pretenden directamente encontrar diversas patologías para la tranquilidad de la opinión pública. Por tanto, lo único que se pueda aportar con cierta seguridad es que estos sujetos encajan mayoritariamente en la vieja categoría del fanatismo y del verdadero creyente (Hoffer, 1951), de la misma forma que se ajustan casi todos al suicidio altruista de Durkheim (1897), entendiendo por altruismo en este caso una integración casi patológica dentro del grupo de referencia. Aunque ni siquiera estas últimas afirmaciones se pueden generalizar, porque aparecen cada día casos nuevos que se apartan de estas categorías y necesitan nuevos matices explicativos.

Protesta suicida

Dentro de la violencia y el conflicto que con frecuencia rodean al ámbito de la política, incidiendo así en el comportamiento suicida, además de la guerra y el terrorismo es inevitable mencionar también la protesta suicida (Benn, 2007). Al contrario que en el terrorismo suicida, la protesta suicida no intenta dañar a nadie, simplemente se mata a sí mismo para manifestar la defensa de una causa colectiva, no privada, sino pública. Biggs (2005, 2013) exige que se cumplan cuatro criterios para poder hablar de protesta suicida y diferenciarlo claramente de otros tipos de suicidio:

- 1.- Es necesario que el sujeto intente matarse voluntariamente o dañarse gravemente con esa intención.
- 2.- El acto no intenta dañar a nadie ni producir destrozos materiales.
- 3.- El acto es público, bien en un lugar público o va acompañado de un escrito a políticos o al público en general.
- 4.- El acto es por una causa colectiva y no por motivos personales ni familiares.

Como de costumbre, este tipo de suicidio puede rastrearse a lo largo de distintas culturas y en diferentes épocas, como por ejemplo en el Japón medieval pero también en el occidente actual. Sin embargo hay que reconocer que el acto de protesta del monje budista Quang Duc, que se prendió fuego en Saigón en 1963 como protesta por la persecución a su religión por parte del Presidente Diem, católico ferviente y dictador apoyado por los países occidentales, marca un momento muy significativo de la protesta suicida. Quang Duc planificó su protesta, su gente avisó a la prensa, la foto ardiendo de un monje recorrió el mundo, y las repercusiones de su acto y posteriores repeticiones de otros monjes llevaron a la derrota y asesinato del Presidente Diem. Es decir, un acto de protesta suicida que consiguió plenamente su objetivo. A partir de ese momento, “quemarse a lo bonzo” se convirtió en un acto repetido en todo el mundo. Según los datos de Biggs (2013), fue el método preferido de protesta suicida a partir de 1963, con una gran diferencia sobre los procedimientos utilizados en años anteriores.

Tabla 3
Protesta suicida según método 1919-1970 (Biggs, 2013)

	1919-1962	1963-1970	1963-1970 excluyendo Vietnam Sur
Media anual por fuego	0,02	11,3	5,1
Media anual por otros métodos	0,5	1,4	1,0
Fuego en % Total	4%	89%	84%

Sería un error considerar este método de quemarse en señal de protesta como algo exótico y ajeno a nuestra cultura. Debe recordarse, por ejemplo, que Joseba Elósegui, un militante del nacionalismo vasco y senador en varias legislaturas, se prendió fuego envuelto en una ikurriña el 18 de septiembre de 1970, en unos campeonatos de pelota vasca presididos por Franco, aunque no consiguió su propósito de perder la vida a pesar de estar varios días muy grave a causa de su acción. Pero también el 4 de septiembre de 2007 un rumano se prendió fuego con gasolina delante de la Subdelegación del Gobierno en Castellón de la Plana y murió unos días después.

En cualquier caso, con mayor o menor frecuencia, la protesta suicida es un acto utilizado en todo el mundo con intencionalidad política y que recurre a la propia vida como sistema de persuasión ante propios y extraños.

Elecciones y Gobiernos

Estudiar el suicidio a través de la guerra, el terrorismo o la protesta política significa relacionar la violencia contra los demás y la violencia contra uno mismo, algo muy conocido de siempre; algo similar a decir que las tasas de homicidio y de suicidio correlacionan de forma positiva en casi todas las circunstancias. Sin embargo, el suicidio establece relaciones más sutiles con la política, de tal forma que también reacciona en períodos de calma política, altera su comportamiento en las campañas electorales, le influyen los resultados electorales y hasta parece que es sensible a los distintos gobiernos e ideologías dominantes. Si esto es así, aunque siempre es discutible, entonces el suicidio también podría ser un indicador social muy complejo y sugestivo de la actividad política cotidiana. Veamos algunos datos relacionados con este tema.

Campañas electorales

En 1973, David P. Phillips y Kenneth A. Feldman escriben un trabajo donde se plantean si la hipótesis de la integración social de Durkheim puede estar relacionada con las tasas de mortalidad. En concreto, Phillips y Feldman (1973) piensan que las personas más integradas también serán aquellas que participan con mayor frecuencia e intensidad en los ritos y ceremonias de su sociedad, de tal forma que cuando se acercan esas fechas aplazan su muerte en la medida de lo posible. Contrastan esta hipótesis en tres ocasiones sociales muy especiales: el cumpleaños de personas famosas, el día del Yom Kippur entre los judíos y, el caso que nos ocupa, los dos meses anteriores a las elecciones presidenciales en Estados Unidos. Consiguen resultados positivos en las tres ocasiones, pero especialmente en los meses de septiembre y octubre de los años electorales en una serie que abarca de 1904 a 1968, frente a los mismos meses en años no electorales. En esas fechas desciende la tasa de mortalidad y también observan cierto aumento en las fechas posteriores. Aunque Phillips y Feldman se ocupan de la mortalidad en general y no del suicidio, sin embargo su trabajo significa el inicio de los estudios sobre suicidio y elecciones en años posteriores.

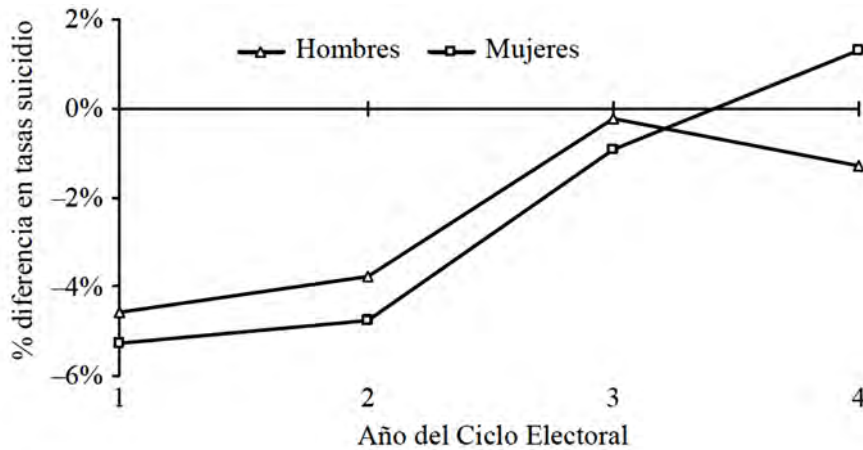
Myron Boor (1981) se ocupa directamente del suicidio en períodos electorales. Apoyándose en los resultados previos de Phillips y Feldman (1973), Boor observa que la proporción de suicidios y la proporción de muertes por otras causas ocurridas en septiembre y octubre de 14 años electorales eran significativamente menores que las mismas proporciones en los mismos meses de los 28 años no electorales contiguos. También es cierto que existen otras muchas variables que pueden incidir en la disminución del suicidio en períodos electorales (por ejemplo, Wassermann, 1983), pero la tendencia general es tan persistente que continúa apareciendo en todos los estudios. Por ejemplo, Wendy M. Rahn (2006) realiza un trabajo sobre tasas de suicidio en elecciones desde enero de 1948 hasta diciembre de 1993 (es decir, 12 elecciones presidenciales), controlando otras posibles variables extrañas (economía, celebraciones, acontecimientos, etc.) y llega a la misma conclusión que los anteriores: los meses de elecciones presidenciales están asociados a tasas bajas de suicidio.

Resultados electorales

La mayor parte de los trabajos iniciales sobre suicidio y elecciones se centraron en el período electoral, es decir, en los meses anteriores a la elección, cuando la campaña y los temas políticos producían cierta cohesión o integración social que facilitaba el descenso de los suicidios. También es cierto que casi todos ellos comentaban que en los meses posteriores se producía un pico elevado en las tasas de mortalidad, como si aquellos que habían soportado las dolencias que padecían hasta después del acontecimiento incrementasen la mortalidad, aunque no ocurría lo mismo con las tasas de suicidio que continuaban bajas durante cierto tiempo después.

Sin embargo, el período poselectoral contiene problemas que conviene matizar. En las elecciones presidenciales de Estados Unidos, cada estado vota a un candidato que gana o pierde a nivel nacional. Es decir, al final de las elecciones existen estados que votaron por el candidato perdedor y otros que triunfaron en su elección. Sería interesante conocer en cuál de las dos situaciones se produce un mayor descenso en las tasas de suicidio; o, de otra manera, determinar si pesa más la integración social a nivel nacional o, por el contrario, es más importante la cohesión en el plano local. Pues bien, el trabajo de Timothy J. Classen y Ricahard A. Dunn (2010) se plantea precisamente eso, el efecto de los resultados de la elección presidencial en las tasas de suicidio, teniendo en cuenta también algunas otras variables que podrían incidir en el proceso. Se podría esperar que las esperanzas frustradas producen más suicidio, de forma que los estados perdedores aumentan su tasa. Sin embargo, en una serie de datos desde 1981 hasta el año 2005 se manifiesta exactamente el efecto contrario, pesa más la integración social a nivel local que la desesperación ante el fracaso del candidato. Los datos de la Figura 2 (de Classen y Dunn, 2010) representan el porcentaje de diferencia en la tasa de suicidio de los estados perdedores sobre los ganadores, a lo largo de los cuatro años del ciclo electoral. El descenso es superior en los meses inmediatamente posteriores a la elección, para ir suavizándose durante el segundo año hasta llegar prácticamente a una diferencia cero entre ambos tipos de estados, los ganadores y los perdedores.

Figura 2
Diferencia en tasas de suicidio por número de años después de la elección
(adaptado de Classen y Dunn, 2010)



También se puede observar un mayor descenso en las tasas de suicidio de las mujeres en los estados perdedores, puesto que estamos hablando de suicidio consumado aunque el perfil evolutivo es prácticamente igual salvo a lo largo del tercer año.

En definitiva, podemos concluir que no solo afectan las campañas electorales al comportamiento suicida, sino que también hay que tener en cuenta los resultados de esas elecciones y solamente nos queda por indagar en qué sentido se producen esos resultados. Es decir, si las tasas de suicidio también se ven alteradas en función de la ideología de los candidatos ganadores o, al menos, si los gobiernos más o menos conservadores o progresistas afectan al suicidio.

Gobiernos e ideologías

La influencia de las ideologías sobre el comportamiento político de los ciudadanos y hasta sobre su personalidad es un viejo tema investigado en psicología política y otras ciencias afines. Pero su posible impacto en el suicidio es bastante más reciente, especialmente si se estudia recurriendo a series de datos que fundamenten las hipótesis de partida. Véase, por ejemplo, los trabajos, comentarios y críticas de Masterton y Platt (1989), Lester (1990), Shaw, Dorling y Smith (2002) o Stack (2002).

Uno de los trabajos más citados, en cualquier caso, es el de Page, Morrell y Taylor (2002), sobre una larga serie de datos desde 1901 a 1998 en Australia y Nueva Gales del Sur (NSW) en los que registra suicidios y también el gobierno conservador o laborista a nivel estatal o federal. Los resultados que obtienen son bastante sugerentes, en la medida en que aparecen claramente asociados los gobiernos conservadores a un aumento de suicidios, disminución cuando gobiernan los laboristas y posiciones intermedias cuando hay una mezcla laborista/conservador en el plano estatal y federal, como puede observarse en la Tabla 4.

Tabla 4
 (adaptada de Page et al., 2002)

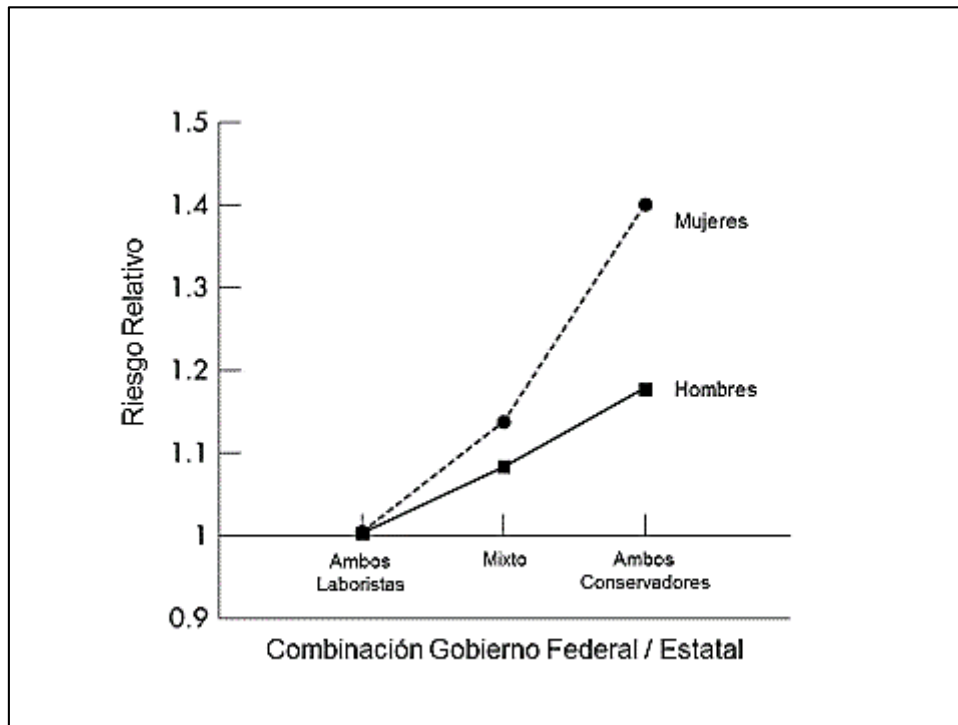
Efecto gobiernos Federal/Estatal sobre riesgo de suicidio en hombres y mujeres en NSW (1901-1998)								
	Hombres				Mujeres			
	Número suicidios	Tasa/100000 ajustada por edad	RR ajustado por edad	RR ajustado edad y otras variables	Número suicidios	Tasa/100000 ajustada por edad	RR ajustada por edad	RR ajustada edad y otras variables
Combinación Federal/Estatal								
Ambos Laboristas†	7391	23.02	1.00	1.00	2121	7.00	1.00	1.00
Mixtos	17268	26.01	1.13***	1.08**	5853	8.26	1.18***	1.14***
Ambos Conservad.	8322	28.32	1.23***	1.17***	3116	10.78	1.54***	1.40***
Tendencia Lineal			p<0.001	p<0.001			p<0.001	p<0.001

*p<0.05, **p<0.01, ***p<0.001. †Grupo referenc.

Todavía más fácilmente se puede ver este efecto en la Figura 3, donde el riesgo relativo de suicidio es 1, es decir, sin asociación entre laboristas y aumento de suicidio, un incremento considerable tanto en hombres como en mujeres cuando existe una mezcla de laboristas y conservadores a nivel estatal / federal, y bastante más relación cuando ambos planos de gobierno (federal y estatal) con conservadores. Teniendo en cuenta la amplitud de la serie de datos, estos datos resultan ampliamente significativos.

Figura 3

Efecto de la combinación de gobierno Federal / Estatal sobre el riesgo de suicidio en hombres y mujeres en NSW, 1901-1998. Ajustado por edad, cambio anual en GDP (%), sequías, I GM, II GM y epidemia adicción sedantes. (Adaptada de Page et al., 2002)



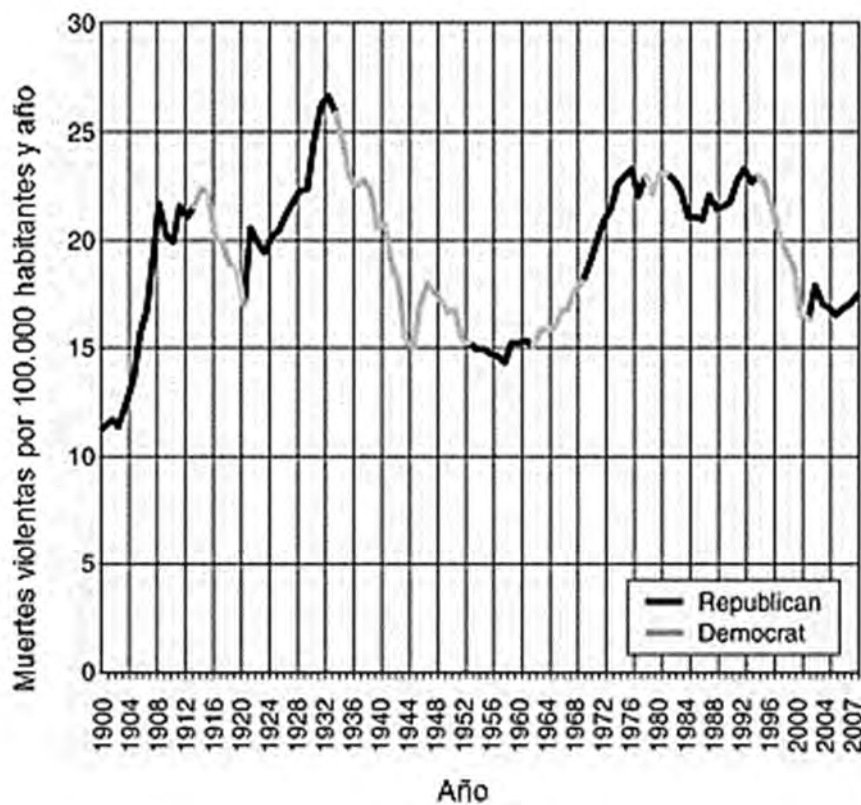
Esta tendencia maligna entre gobiernos conservadores y suicidio, con todo lo que tiene de sorprendente y aparentemente tendenciosa, resulta escandalosamente planteada en el libro de James Gilligan (2011) sobre aquellos políticos que son más peligrosos que otros, una especie de desafío estadístico y conceptual sobre el suicidio en los gobiernos conservadores en Estados Unidos. Siguiendo textualmente el resumen de Gilligan sobre sus conclusiones que, según afirma, demuestran:

- 1.- El aumento y disminución de las tasas de homicidio y suicidio desde 1900 hasta 2007.
- 2.- Los tres períodos en los que las tasas de violencia mortal (homicidio + suicidio) alcanzaron niveles epidémicos y después descendieron a niveles no-epidémicos (Figura 4).

3.- La asociación de estos períodos de tasas epidémicas de violencia mortal con las administraciones Republicanas y de niveles no-epidémicos con las administraciones Demócratas.

4.- Que los cambios anuales en las tasas de homicidio y de suicidio muestran un incremento acumulativo neto durante los 59 años en que los Republicanos estuvieron en el poder (a partir de la línea base del año 1900), y de la misma forma una disminución importante durante los 48 años de administración Demócrata.

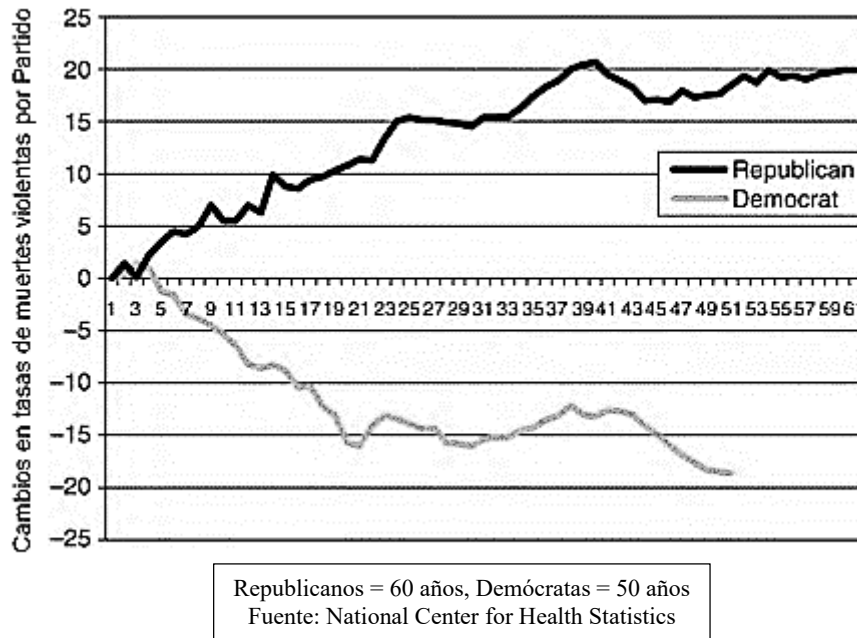
Figura 4
(de Gilligan, 2010)



Naturalmente, si esa cantidad de muertes violentas se acumulan a lo largo de más de un siglo, las cifras alcanzan proporciones muy importantes (Figura 5).

Figura 5 (De Gilligan, 2011)

Incremento (+) y disminución (-) acumulativo anual en tasas de muertes violentas (suicidios + homicidios) ajustadas a edad, por 100.000 habitantes y año durante las administraciones Republicanas vs Demócrata, en EEUU, 1900-2010.



En definitiva, el libro de Gilligan proporciona unos resultados tan directos y sorprendentes que merecen ser analizados con más calma, De todas formas, la tendencia de los gobiernos conservadores a provocar mayores tasas de suicidio, en mayor o menor proporción, parece bastante consolidada a través de múltiples trabajos e investigaciones.

Conclusiones

Ahora quizá se entienda un poco mejor lo que pretendíamos decir cuando afirmábamos que suicidio y política es una extraña pareja. Aunque conceptualmente parecen tener poca relación, sus relaciones históricas y actuales demuestran todo lo contrario. Influyen entre sí tanto en períodos de conflicto y violencia como en las etapas de tranquilidad y rutina democrática, en unos casos disminuyendo la incidencia del suicidio mientras que en otros se disparan las tasas en una relación apasionada. A Durkheim le gustaba decir que el suicidio es un hecho social, una afirmación que tiene un significado muy preciso en el contexto de la fundamentación de la sociología que él defendía. Pero en un sentido más amplio y vago, habría que añadir que no solo es un hecho social sino también político;

es decir, el suicidio no sólo se enraíza en algunas alteraciones psiquiátricas o psicológicas, no solo es un fenómeno existencial que afecta al individuo, tampoco se limita a factores biológicos, el suicidio es un acto y un resultado de las relaciones de poder dentro de la sociedad, pretende influir en los demás y está condicionado por las ceremonias, ritos, conflictos y estructuras de gobierno de los grupos a los que pertenecemos. Hoy más que nunca sabemos que la afirmación en la vida, al igual que la afirmación en la muerte, es una orientación que afecta a todos los problemas políticos que están en juego en los momentos actuales, es igual que sea el cambio climático, la violencia de género, las guerras neoliberales o la desigualdad económica. En el fondo, elegir entre la vida o la muerte, es decir, el suicidio no es una pareja más de la política, es la política en sí misma.

Referencias

- Atran, S. (2003): Genesis of Suicide Terrorism. *Science*, vol. 299.
- Atran, S. (2006): The Moral Logic and Growth of Suicide Terrorism. *The Washington Quarterly*, 29:2 pp. 127-147
- Benn, J.A. (2007): *Burning for the Buddha: Self-Immolation in Chinese Buddhism*. University of Hawaii Press.
- Biggs, M. (2005): *Dying without Killing: Self-Immolations, 1963-2002*. En Gambetta (Ed), *Making Sense of Suicide Missions*. Oxford, UK: Oxford University Press.
- Biggs, M. (2013): How Repertoires Evolve. The Diffusion of Suicide Protest in the Twentieth Century. *Mobilization: An International Quarterly* 18(4): 407-428.
- Boor, M. (1981): Effects of United States presidential elections on suicide and other causes of death. *American Sociological Review*, Vol. 46 (October:616-618).
- Classen, T.J. y Dunn, R.A. (2010): The Politics of Hope and Despair: The Effect of Presidential Election Outcomes on Suicide Rates. *Social Science Quarterly*, Vol. 91, Num. 3, September.
- Durkheim, E. (1897): *El Suicidio*. Buenos Aires: Schapire, 1965.
- Gilligan, J. (2011): *Why Some Politicians Are More Dangerous than Others*. Malden, MA: Polity Press.
- Hoffer, E. (1951): *El verdadero creyente*. Tecnos, Madrid, 2009.
- Keisling, W. (1988): *The Sins of Our Fathers*. Yardbird Books.
- Lasswell, H.D. (1930): *Psicopatología y Política*. Buenos Aires: Paidós, 1963.
- Lester, D. (1990): Suicide and presidential elections in the USA. *Psychological Reports*, 67, 218.
- Lester, D. (1990): Suicide as a political act. *Psychological Reports*, 66, 1185-1186.
- Lester, D. y Yanf, B. (1992): The Influence of War on Suicide Rates. *The Journal of Social Psychology*, 132(1), 135-137.
- Marshall, J.R. (1981): Political integration and the effect of war on suicide. *Social Forces*, 59, 771-785.

- Masterton, G. y Platt, S. Parasuicide and general elections. *British Medical Journal*, 298:803-4.
- Page, A., Morrell, S. y Taylor, R. (2002): Suicide and political regime in New South Wales and Australia during the 20th century. *J. Epidemiol. Community Health*, 56:766-772.
- Pape, R.A. (2005): *Dying to Win. The Strategic Logic of Suicide Terrorism*. Random House, Nueva York.
- Phillips, D.P. y Feldman, K.A. (1973): A dip in deaths before ceremonial occasions: some new relationships between social integration and mortality. *American Sociological Review*, Vol. 38 (December):678-696.
- Post, J. (1993): *When illness strikes the leader*. Yale University Press.
- Rahn, W.M. (2006): Matters of Life and Death: Presidential Election Rituals and Monthly Suicide Rates in the U.S., 1948-1993. *Working Paper*, University of Minnesota, Department of Political Science.
- Sack, S. (1987): Celebrities and Suicide. A Taxonomy and Analysis, 1948-1983.
- Sageman, M (2014): The Stagnation in Terrorism Research. *Terrorism and Political Violence*, 26:565-580.
- Schmid, A.P. (Ed)(2011): *The Routledge Handbook of Terrorism Research*. Routledge, Londres y Nueva York.
- Shaw, M., Dorling, D. y Smith, G.D. (2002): Mortality and political climate: how suicide rates have risen during periods of Conservative government, 1901-2000. *Journal of Epidemiology and Community Health*, 56, 10.
- Silke, A. (2006): The Role of Suicide in Politics, Conflict, and Terrorism. *Terrorism and Political Violence*, 18:35-46.
- Silke, A. y Schmidt-Petersen, J. (2015): The Golden Age? What the 100 Most Cited Articles in Terrorism Studies Tell Us. *Terrorism and Political Violence*, 0:1-21.
- Stack, S. (2002): Political regime and suicide: some relevant variables to be considered. *J. Epidemiol. Community Health*; 56:727.
- Tubergen, F. van y Ultee, W. (2006): Political Integration, War and Suicide. The Dutch Paradox? *International Sociology*, Vol 21(2): 221-236.
- Wasserman, I.M. (1983): Political business cycles, presidential elections, and suicide and mortality patterns. *American Sociological Review*, Vol. 48 (October: 711-720).